

SESENTA AÑOS ASOMBROSOS: EL LEGADO DE HIROSHIMA*

Thomas C. Schelling

*Department of Economics y School of Public Policy
University of Maryland, College Park*

El acontecimiento más impresionante del último medio siglo es uno que no ocurrió. Hemos disfrutado sesenta años sin que las armas nucleares explotaran de rabia. Esta actitud, o convención, o tradición, que echó raíces y creció a lo largo de estas últimas cinco décadas, es un activo que se debe guardar como un tesoro. No está garantizada su supervivencia; y algunos de los poseedores reales o potenciales de las armas nucleares quizás no compartan la convención. Merecen mucha atención cuestiones tales como ¿de qué manera se puede preservar esta inhibición?, ¿qué tipos de políticas o actividades pueden amenazarla?, ¿cómo se puede romper o disolver la inhibición? y ¿qué disposiciones institucionales pueden apoyarla o debilitarla? Merece la pena examinar cómo surgió la inhibición, si fue inevitable, si fue el fruto de un diseño cuidadoso, si intervino la suerte, y si deberíamos valorarla como robusta o vulnerable en las próximas décadas. Conservar esta tradición, y si es posible contribuir a extenderla a otros países que pueden adquirir ya armas nucleares, es tan importante como prolongar el Tratado de No Proliferación Nuclear, que se está renegociando ahora, tras sus primeros veinticinco años de vida.

Palabras clave: Discurso Nobel, Thomas C. Schelling, armas nucleares, Hiroshima, teoría de la negociación.

(*) © Fundación Nobel 2005 (<http://nobelprize.org>). Este artículo es una versión revisada del discurso pronunciado por el profesor Thomas C. Schelling en Estocolmo, el 8 de diciembre de 2005, cuando recibió, junto con el profesor Robert J. Aumann, el Premio en Ciencias Económicas del Banco de Suecia instituido en memoria de Alfred Nobel (Premio Nobel de Economía). El discurso se publica en *RAE Revista Asturiana de Economía* con el consentimiento del autor y la autorización de la Fundación Nobel. La traducción ha sido realizada por Mario Piñera.

El acontecimiento más impresionante del último medio siglo es uno que no ocurrió.

Hemos disfrutado sesenta años sin que las armas nucleares explotaran de rabia.

¡Qué logro tan asombroso! –o, si no es un logro, qué sensacional buena fortuna–. En 1960 el novelista británico C. P. Snow dijo en la primera plana del *New York Times* que si las potencias nucleares no reducen drásticamente su armamento nuclear en una década, la guerra termónuclear sería una “certeza matemática”. Nadie consideró que la afirmación de Snow fuera extravagante.

Ahora contamos con la certeza matemática acrecentada más de cuatro veces, y no tenemos guerra nuclear ¿podemos lograrlo durante otra media docena de décadas?

Nunca ha habido ninguna duda respecto a la eficacia militar de las armas nucleares o respecto a su potencial para el terror. Gran parte del crédito por el hecho de que no se hayan utilizado las armas nucleares se debe al “tabú” que el Secretario de Estado Dulles consideró que él mismo había vinculado a estas armas, ya en 1953, un tabú que el Secretario deploró.

Las armas siguen bajo una maldición, una maldición que es ahora mucho más pesada que la que le preocupó a Dulles a primeros de los 1950s. Estas armas son únicas, y una gran parte de su singularidad proviene de que sean *percibidas* como únicas. Denominamos a la mayoría de las demás “convencionales” y esta palabra tiene dos sentidos diferentes. Uno es “normal, familiar, tradicional”, una palabra que se puede aplicar a los alimentos, la ropa o la vivienda. El significado más interesante de “convencional” es algo que surge como si fuera fruto del pacto, por acuerdo, por *convención*. El que las armas nucleares son diferentes es sencillamente una *convención* establecida.

Es cierto que su fabulosa escala de destrucción eclipsa a las armas convencionales. Pero, ya desde el final del gobierno de Eisenhower, se podían fabricar armas nucleares de menor rendimiento explosivo que el que tenían los explosivos convencionales más grandes. Había planificadores militares a los que les parecía que las armas nucleares “pequeñas” no estaban contaminadas por el tabú, que, a su juicio y siendo precisos, sólo debería acompañar a las armas de un tamaño similar al de las de Hiroshima o Bikini. Pero en aquel momento las armas nucleares se habían convertido ya en un mundo aparte; el tamaño no era una excusa para la maldición.

Esta actitud, o convención, o tradición, que echó raíces y creció a lo largo de estas últimas cinco décadas, es un activo que se debe guardar como un tesoro. No está garantizada su supervivencia; y algunos de los poseedores reales o potenciales de las armas nucleares quizás no compartan la convención. Merecen mucha atención cuestiones tales como ¿de qué manera se puede preservar esta inhibición?, ¿qué tipos de políticas o actividades pueden amenazarla?, ¿cómo se puede romper o disolver la inhibición? y ¿qué disposiciones institucionales pueden apoyarla o

debilitarla? Merece la pena examinar cómo surgió la inhibición, si fue inevitable, si fue el fruto de un diseño cuidadoso, si intervino la suerte, y si deberíamos valorarla como robusta o vulnerable en las próximas décadas. Conservar esta tradición, y si es posible contribuir a extenderla a otros países que pueden adquirir ya armas nucleares, es tan importante como prolongar el Tratado de No Proliferación Nuclear, que se está renegociando ahora, tras sus primeros veinticinco años de vida.

El primer momento en el que se podrían haber utilizado estas armas fue al principio de la guerra de Corea. Los estadounidenses y los surcoreanos se habían replegado formando un cinturón en torno a la ciudad costera del sur, Pusan, y daba la impresión de que corrían el peligro de ser incapaces bien de resistir o bien de evacuar. El asunto de las armas nucleares se abrió paso en el debate público en este país y en el parlamento británico. Clement Atlee voló hacia Washington para suplicarle al presidente Truman que no utilizara las armas nucleares en Corea. La visita y sus objetivos fueron tanto públicos como publicitados. La Cámara de los Comunes, que entendía que había sido socia en la iniciativa que produjo las armas nucleares, consideró legítimo el que Gran Bretaña fuera tenida en cuenta en la decisión estadounidense.

El exitoso desembarco en Inchón llevó a que se planteara el debate respecto a si se podrían haber utilizado las armas nucleares en el caso de que lo que estaba ocurriendo en el cinturón de Pusan se hubiera convertido en una situación suficientemente desesperada. En todo caso, al menos el problema de la utilización de lo nuclear se había planteado, y el resultado final fue negativo.

Puede ser que hubiera razones más que suficientes para explicar la no utilización en Corea en aquel momento. Pero no recuerdo que una consideración importante, para el gobierno y la opinión pública de los Estados Unidos, fuera el temor a las consecuencias de demostrar que las armas nucleares eran "utilizables", a adelantarse a la posibilidad de cultivar la tradición de no utilizarlas.

De nuevo, las armas nucleares no fueron utilizadas en el desastre ocasionado por la entrada de los ejércitos chinos, y tampoco fueron utilizadas durante la sangrienta guerra de desgaste que acompañó a las negociaciones de Panmunjón. Por supuesto, es algo especulativo el preguntarse si habrían sido utilizadas, y dónde y cómo podrían haber sido utilizadas en el caso de que la guerra se hubiera mantenido muchos más meses, y cuál habría sido la historia posterior si hubieran sido utilizadas en Corea del Norte o en China en aquel momento. Si la amenaza de las armas nucleares, me imagino que en China en vez de en el campo de batalla, influyó en las negociaciones sobre la tregua es algo que sigue sin estar claro.

El libro de McGeorge Bundy, *Danger and Survival: Choices about the Bomb in the First Fifty Years* (1988), documenta la fascinante historia del presidente Eisenhower, el Secretario de Estado Dulles y las armas nucleares. En el Consejo Nacional de Seguridad del 11 de febrero de 1953, "El Secretario Dulles analizó el problema moral de la inhibición en el uso de la bomba A ... Su opinión era que deberíamos romper esta falsa distinción" (p. 241). No conozco ningún análisis realizado en aquel

momento dentro del gobierno y relacionado con las acciones que podrían tender a romper la distinción y con las acciones o inacciones que las preservarían y reforzarían. Pero es claro que el Secretario creía, y quizás diera por sentado que todo el Consejo Nacional de Seguridad lo creía, que la restricción era real, incluso en el caso de que la distinción fuera falsa, y que la restricción no iba a ser bienvenida.

De nuevo, el 7 de octubre de 1953, Dulles señala: "De una u otra manera, debemos ser capaces de eliminar el tabú respecto al uso de estas armas" (p. 249). Y justo unas pocas semanas más tarde el presidente aprobó, en un documento sobre la Seguridad Nacional Básica, la declaración, "En el caso de hostilidades, Estados Unidos considerará que las armas nucleares están tan disponibles para el uso como cualquier otra munición" (p. 246). Sin duda, esta declaración debe ser leída más en clave retórica que factual. Los tabúes no se desvanecen fácilmente por el mero hecho de declararlos extintos, incluso en la mente de aquél que hace el pronunciamiento. Seis meses más tarde, en una reunión restringida de la OTAN, la postura de los Estados Unidos fue que las armas nucleares "deben ser tratadas ahora como si de hecho se hubieran convertido en convencionales" (p. 268). De nuevo, el decirlo no puede convertirlo en un hecho; a veces es más difícil destruir las convenciones tácitas que las explícitas, pues subsisten en mentes potencialmente recalitrantes en vez de en papel destruible.

Según Bundy, la última declaración pública en este avance de las armas nucleares hacia el estatus de convencionales se realizó durante la crisis de Quemoy. Respondiendo a una pregunta, el 12 de marzo de 1955 Eisenhower dijo "En cualquier combate en el que se puedan utilizar estas cosas sobre objetivos exclusivamente militares y con propósitos exclusivamente militares, no veo razón que justifique el que no deberían ser utilizadas, exactamente de la misma manera que usted utilizaría una bala o cualquier otra cosa" (p. 278). La opinión de Bundy, que comparto, es que esto fue, nuevamente, más una exhortación que una decisión política.

¿Estaba Ike preparado realmente para utilizar las armas nucleares en la defensa de Quemoy o Taiwán en sí mismas? Resultó que no tuvo que hacerlo. El ostentoso envío de la artillería nuclear a Taiwan fue seguramente algo planteado como una amenaza. Desde el punto de vista de Dulles, el farol habría sido arriesgado, ya que el que no se hubieran utilizado las armas nucleares mientras China conquistaba Taiwán habría grabado el tabú en granito. Simultáneamente, Quemoy puede que le pareciera a Dulles una magnífica oportunidad para que se desvaneciera el tabú. La utilización de armas nucleares de corto alcance de una forma puramente defensiva, exclusivamente contra tropas ofensivas, especialmente en el mar o en cabezas de desembarco sin población civil, podría haber sido algo que Eisenhower habría estado dispuesto a autorizar y que los aliados europeos habrían aprobado, y las armas nucleares podrían haber demostrado que se podían utilizar "exactamente de la misma manera que usted utilizaría una bala o cualquier otra cosa". Los chinos no le dieron la oportunidad.

En lo que se refiere al estatus de las armas nucleares, los gobiernos de Kennedy y Johnson se diferenciaron claramente del de Eisenhower.

Hubo también un cambio en los papeles dentro del Gabinete. Casi nadie que haya nacido después de la II Guerra Mundial recuerda el nombre del Secretario de Defensa de Eisenhower, Charles Wilson. Pero la mayor parte de los que han estudiado algo de la historia de Estados Unidos conoce el nombre de John Foster Dulles. Una hojeada al libro de Bundy muestra el contraste. En el índice de Bundy hay 31 referencias a Dulles y 2 a Charles Wilson. Bajo Kennedy y Johnson el resultado se invierte: 42 referencias al Secretario de Defensa Robert McNamara y 12 al Secretario de Estado Dean Rusk.

En el gobierno de Kennedy, el movimiento antinuclear fue dirigido desde el Pentágono y en 1962 McNamara comenzó su campaña –la suya y la del presidente Kennedy– para reducir la dependencia de la defensa nuclear en Europa mediante el establecimiento de costosas fuerzas convencionales en la OTAN. Durante los dos años posteriores se terminó asociando a McNamara con la idea de que las armas nucleares no eran “utilizables” en modo alguno en el sentido planteado por Eisenhower y Dulles. Indudablemente, el traumático octubre de 1962 contribuyó a la repugnancia que sintieron algunos de los asesores clave de Kennedy y el mismo presidente frente a las armas nucleares.

El contraste entre las actitudes de Eisenhower y Kennedy-Johnson respecto a las armas nucleares se resume maravillosamente en una declaración de Johnson, realizada en septiembre de 1964. “No nos engañemos. No existen las armas nucleares convencionales. Durante 19 años llenos de peligro ninguna nación ha lanzado el átomo sobre otra. Hacerlo ahora es una decisión política de máximo nivel” (*New York Times*, 8 de septiembre de 1964, p. 18). Esa declaración sirve para deshacerse de la idea de que las armas nucleares deberían ser juzgadas por su eficacia militar. Se libra de la “falsa distinción” de Dulles: “una decisión política de máximo nivel” comparada con “tan disponibles para el uso como cualquier otra munición”.

Me impresiona especialmente “19 años llenos de peligro”. Johnson da a entender que durante 19 años Estados Unidos había resistido la tentación de hacer lo que Dulles había deseado que Estados Unidos tuviera la libertad de hacer respecto a las armas nucleares. Insinúa que Estados Unidos, o colectivamente Estados Unidos y otros estados que tenían armas nucleares, tenían una inversión, acumulada a lo largo de 19 años, en la no utilización de las armas nucleares; y esos 19 años de cuarentena para las armas nucleares eran parte de lo que contribuiría a que cualquier decisión respecto a utilizar las armas nucleares se convirtiera en una decisión política de máximo nivel.

Llegado este momento merece la pena hacer una pausa para considerar con precisión cuál podría ser el significado literal de “No existen las armas nucleares convencionales”. Concretamente, ¿por qué no se podría considerar convencional a una bomba nuclear no más grande que la más grande de las bombas de demolición de la II Guerra Mundial, o una carga de profundidad nuclear de moderada potencia explosiva que se utilizase contra los submarinos lejos en el mar, o minas terrestres nucleares que detuvieran el avance de los tanques o que causasen derrumbamientos en

los pasos de montaña?, ¿por qué sería tan terrible utilizar tres “pequeñas” bombas atómicas para salvar a los franceses sitiados en Dien Bien Fu, tal y como se debatió en aquel momento?, ¿por qué es tan malo utilizar la artillería costera nuclear contra la invasión de una flotilla de la China comunista en el Golfo de Taiwan?

Esta pregunta ha recibido dos respuestas, una básicamente intuitiva y otra de algún modo analítica, pero descansando ambas en una creencia, o en un sentimiento –un sentimiento que en cierta manera va más allá de donde llega el análisis– de que las armas nucleares eran sencillamente diferentes, y genéricamente diferentes. Probablemente, la mejor forma de formular la respuesta más intuitiva sea: “Si tienes que hacer esa pregunta no comprenderías la respuesta”. El carácter genérico de todo lo nuclear era sencillamente –como lo podrían denominar los lógicos– una primitiva, un axioma; y el análisis era tan innecesario como fútil.

La otra respuesta, más analítica, tomó sus argumentos del razonamiento legal, la diplomacia, la teoría de las negociaciones y la teoría de la instrucción y la disciplina, incluyendo la autodisciplina. Este razonamiento resalta las líneas fuertes, las pendientes resbaladizas, las fronteras bien definidas y las cosas con las que se hacen las tradiciones y las convenciones implícitas. (A veces se oye la analogía de “un traguito” para un alcohólico en recuperación). En todo caso, ambas líneas de razonamiento llegaron a la misma conclusión: una vez introducidas en el combate, las armas nucleares no podrían ser, o probablemente no serían, contenidas, confinadas, limitadas.

A veces el razonamiento era explícito en el sentido de que, con independencia de lo pequeña que fuera inicialmente el arma utilizada, su tamaño aumentaría inevitablemente, con lo que no se encontraría una parada natural. A veces el razonamiento era que los militares necesitan ser disciplinados, y una vez que se les facilitara un arma sería imposible detener la escalada.

La “bomba de neutrones” es ilustrativa a este respecto. Es una bomba, o bomba potencial, que, debido a que es muy pequeña y a los materiales con los que está construida, emite “neutrones rápidos” que pueden ser letales a una distancia a la que las radiaciones térmicas y de la explosión son moderadas en términos comparativos. Tal como se anuncia, matan a la gente sin causar un gran daño a los edificios. La idea de producir y desplegar este tipo de armas surgió durante el gobierno de Carter, suscitando una reacción antinuclear que llevó a que se archivara. Pero la misma bomba –al menos, la misma idea– había sido el tema de un debate todavía más intenso celebrado 15 años antes, y fue en esa época cuando se puso a punto el razonamiento que estaba listo para ser utilizado de nuevo en los 1970s. El razonamiento era sencillo; y seguramente que era válido, con independencia de que mereciera o no ser decisivo. Consistía en que era importante no desdibujar la distinción –el cortafuegos, como se le denominó– entre las armas nucleares y convencionales; se temía, y se argumentó, que bien por su bajo rendimiento o bien por su “benigna” clase de letalidad, habría una gran tentación para utilizar este

arma en casos en los que si no ocurriera esto no se permitirían las armas nucleares, y que la utilización de este arma erosionaría el umbral, desdibujaría el cortafuegos, prepararía el terreno para que se dieran sucesivos pasos en la escalada nuclear.

En general, el razonamiento no es diferente del que se emplea contra la denominada explosión nuclear pacífica (ENP). El argumento decisivo contra la ENP fue que haría que el mundo se acostumbrase a las explosiones nucleares, minando la creencia respecto a que las explosiones nucleares eran intrínsecamente malignas y reduciendo las inhibiciones respecto a las armas nucleares. La posibilidad de crear mediante voladuras nuevos lechos de ríos en el norte de Rusia o un canal que sirviera de circunvalación para las aguas del Nilo, o puertos en los países en desarrollo, generó inquietud respecto al hecho de "legitimar" las explosiones nucleares.

Una muestra reveladora de esta aversión se encuentra en el rechazo general, por parte de los que controlan las armas y los analistas de las políticas energéticas de los Estados Unidos, de la posibilidad de una fuente de energía eléctrica limpia desde un punto de vista ecológico, propuesta en los 1970s, basada en detonar diminutas bombas termonucleares en cavernas subterráneas con el fin de generar vapor. He visto que se ha descartado esta idea unánimemente sin aportar argumentos, como si las objeciones fueran tan obvias que no precisasen ser articuladas. Que yo sepa, la objeción fue siempre que incluso las explosiones termonucleares "buenas" eran malas y que así se deberían seguir considerando. (Puedo imaginarme al presidente Eisenhower: "En cualquier crisis energética en la que se puedan utilizar estas cosas sobre lugares exclusivamente civiles y con propósitos exclusivamente civiles, no veo razón que justifique el que no sean utilizadas, exactamente de la misma manera que usted utilizaría un barril de petróleo o cualquier otra cosa". Y Dulles: "De una u otra manera, debemos ser capaces de eliminar el tabú respecto al uso de estas fuentes de energía termonuclear limpia").

En todo caso, es importante no olvidarse de que las armas nucleares no son las únicas que tienen este carácter de ser genéricamente diferentes, independientemente de la cantidad o el tamaño. En la II Guerra Mundial no se utilizaron los gases. El razonamiento de Eisenhower-Dulles se podría haber aplicado al gas: "En cualquier combate en el que se puedan utilizar estos gases sobre objetivos exclusivamente militares y con propósitos exclusivamente militares, no veo razón que justifique el que no sean utilizados, exactamente de la misma manera que se utilizaría una bala o cualquier otra cosa". Sin embargo, en lo que a mí me consta, el General Eisenhower, en su calidad de comandante supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas, nunca propuso una política de este tipo. Es posible que si en aquel momento se hubiera enfrentado a este problema habría llegado a la conclusión, no de que los gases no deberían utilizarse nunca, pero sí de que son, como mínimo, diferentes de las balas, y de que las decisiones relacionadas con su utilización plantean problemas estratégicos nuevos. Y diez años más tarde podría haber recordado esa línea de pensamiento cuando, creo que de mala gana, dejó que su secretario de estado promoviese las armas nucleares, algo que parece que nunca se planteó hacer Eisenhower con el gas en el ámbito europeo.

Existen otras cosas que tienen esta cualidad de todo o nada en lo que respecta a la guerra. La nacionalidad es una de ellas. Los chinos no intervinieron de forma visible en la guerra de Corea hasta que llegó la hora de intervenir masivamente. El personal de ayuda militar de los Estados Unidos ha tenido siempre el cuidado de evitar aparecer involucrado en cualquier cosa que pudiera ser considerada como un combate, la idea es que no se puede contener la contaminación. Se consideró la intervención de Estados Unidos en Indochina en la época de Dien Bien Fu, pero no en tierra; y en el aire se consideró que, desde la perspectiva de la "intervención", contaría menos el reconocimiento que los bombardeos. Normalmente, se tiene la idea de que facilitar equipamiento supone participar menos que cuando se facilita personal militar; facilitamos armas a los israelíes y les proporcionamos munición incluso en tiempos de guerra, pero una compañía de la infantería de Estados Unidos sería percibida como un acto de participación en la guerra más importante que el correspondiente a 5 mil millones de dólares de combustible, munición y piezas de repuesto.

Señalo todo esto con el fin de sugerir que hay fenómenos simbólicos y relacionados con la percepción, que son persistentes y recurrentes y que contribuyen a que el fenómeno nuclear sea menos desconcertante. Y me parece destacable el hecho de que estas restricciones e inhibiciones perceptivas traspasen las fronteras culturales. Durante la etapa china de la guerra de Corea, Estados Unidos no bombardeó nunca las bases aéreas situadas en China; las "reglas" eran que las salidas de los bombardeos chinos tenían su origen en Corea del Norte, y para atenerse a las reglas los aviones chinos procedentes de Manchuria tocaban con las ruedas en las pistas de aterrizaje de Corea del Norte en su camino hacia los objetivos relacionados con los Estados Unidos que se iban a bombardear. Esto nos recuerda que el territorio nacional es como la nacionalidad: cruzar el Yalu, por tierra o por aire, es una discontinuidad cualitativa. Aunque el General MacArthur hubiera tenido éxito en la conquista total de Corea del Norte, no habría argumentado que penetrar sólo "un poquito" en territorio chino no habría importado mucho porque era sólo un poquito.

De todos modos, estos umbrales cualitativos tipo todo o nada se pueden socavar a veces. Un Dulles que desee que desaparezca el tabú puede no sólo sortearlo cuando es importante sino también poner su ingenio a trabajar en la disolución de la barrera en aquellos casos en los que no importa mucho, anticipándose a ocasiones posteriores en las que la barrera sería una dificultad genuina. Bundy sugiere que, a la hora de debatir sobre la posibilidad de utilizar las bombas atómicas en defensa de Dien Bien Fu, Dulles y el Almirante Radford, el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, tenían en mente no sólo el valor local de Indochina sino también la utilización de Dien Bien Fu a la hora de "hacer aceptable internacionalmente la utilización de las bombas atómicas", un propósito que compartían Dulles y Radford.

La aversión a las armas nucleares –uno podría decir incluso el aborrecimiento de ellas– puede robustecerse y convertirse en algo permanente en la doctrina militar incluso sin que ello se aprecie plenamente o incluso sin que se admita. El gobierno de Kennedy lanzó una campaña agresiva en favor de las defensas convencionales en Europa sobre la base de que era

casi seguro que no se iban a utilizar las armas atómicas, y probablemente no se utilizarían, en el caso de una guerra en Europa. En los 1960s la línea oficial soviética fue la de negar la posibilidad de un combate no nuclear en Europa. Sin embargo, los soviéticos gastaron una gran cantidad de dinero en el desarrollo de capacidades no nucleares en Europa, especialmente aviones capaces de lanzar bombas convencionales. Esta capacidad tan costosa hubiera sido totalmente inútil en el caso de una guerra que se viera obligada a convertirse en nuclear. Ello refleja el reconocimiento tácito por parte de los soviéticos de que ambas partes contaban con la capacidad de enfrentarse en una guerra no nuclear y que ambas partes tenían interés, un interés que valía mucho dinero, en que la guerra se mantuviera en términos no nucleares – manteniéndola en clave no nuclear porque contaban con la capacidad de luchar en una guerra no nuclear.

El control de las armas se identifica tan a menudo con las limitaciones respecto a la posesión o despliegue de armas que a veces se pasa por alto el hecho de que esta inversión recíproca en capacidades no nucleares fue un ejemplo notable de control de armas no reconocido pero recíproco. No es solamente la limitación potencial en el uso de las armas nucleares; es también el hecho de invertir en una configuración de armas que les permita contar con la capacidad de combate no nuclear. Ello nos recuerda que las inhibiciones respecto al “primer uso” pueden ser convincentes sin necesidad de declaraciones, incluso aunque una parte se niegue a reconocer la naturaleza de su propia participación.

Con la posible excepción del Tratado sobre Misiles Anti-balísticos, esta acumulación convencional en Europa fue el más importante acuerdo este-oeste sobre armas más importante hasta la desaparición de la Unión Soviética. Fue un control de armas genuino, a pesar de no ser explícito y a pesar de que se negara – tan real como si las dos partes hubieran firmado un tratado en el que se obligaran, para eludir la guerra nuclear, a poner grandes cantidades de recursos humanos y de dinero en fuerzas convencionales. La inversión en restricciones respecto a la utilización de armas nucleares fue tanto real como simbólica.

El que los soviéticos habían asimilado esta inhibición nuclear se puso de manifiesto claramente durante la prolongada campaña en Afganistán. Nunca leí u oí ningún debate público sobre la posibilidad de que la Unión Soviética pudiera romper la tradición de no uso para evitar una derrota costosa y humillante en aquel primitivo país. La inhibición en lo que se refiere al uso de las armas nucleares es algo tan sabido, la actitud es compartida con tanta confianza, que no sólo se habría condenado universalmente la utilización de las armas nucleares en Afganistán, sino que ni siquiera se habría considerado.

Ello puede que se deba en parte a que los diecinueve años de silencio nuclear del presidente Johnson se habían ampliado a una cuarta y posteriormente a una quinta década, y todos los que tenían responsabilidades eran conscientes de que las tradiciones ininterrumpidas eran un tesoro que sosteníamos conjuntamente. “Tenemos que preguntarnos, ¿podría esa tradición, una vez que se hubiera quebrado, haberse arreglado ella misma?, ¿habría utilizado Truman las armas nucleares durante el ataque

chino en Corea?, ¿habría estado tan impresionado Nixon en 1970 como lo estuvo Johnson en 1964 con el hiato de diecinueve años?, ¿habría utilizado Nixon las armas nucleares, aunque fuera con mucha moderación, en Vietnam?, ¿se habrían abstenido de utilizarlas los soviéticos en Afganistán y Margaret Thatcher en las Malvinas?, ¿habría utilizado Nixon las armas nucleares en 1969 o 1970?, ¿habrían resistido los israelíes la tentación que les planteaban las cabezas de desembarco egipcias en el norte del canal de Suez en 1973?”.

Sin duda, la respuesta es que no lo sabemos. Una posibilidad es que el horror de Hiroshima y Nagasaki se hubiera repetido en sí mismo y la maldición habría caído de nuevo, incluso con más peso. La otra posibilidad es que, una vez quebrado el largo silencio, las armas nucleares se nos presentaran como instrumentos eficaces desde un punto de vista militar y, especialmente cuando se utilizaran unilateralmente contra un adversario que no las tuviera, como una bendición que podría haber reducido las bajas de los dos contendientes, tal como creen algunos que hizo la bomba de Hiroshima. En gran parte, el resultado podría haber dependido del cuidado con el que se hubieran limitado dichas armas a objetivos militares o utilizado en modos “defensivos” demostrables.

Nos libramos de la tentación en el Golfo en 1991. Se sabía que Irak poseía, y había estado dispuesta a utilizarlas, armas “poco convencionales” – químicas. Si se hubieran utilizado las armas químicas con devastadores efectos sobre las fuerzas de los Estados Unidos, la cuestión de la respuesta adecuada habría planteado el problema nuclear. Estoy muy seguro de que si, en esa circunstancia, el presidente considerara esencial ir más allá de las armas convencionales, la elección militar habría sido el campo de batalla de las armas nucleares. Al ejército de tierra, la marina y las fuerzas aéreas se les instruye y equipa para utilizar las armas nucleares; se comprenden bien sus efectos en diferentes tipos de clima y terreno. Tradicionalmente, la profesión militar desprecia los tóxicos. Habría habido una gran tentación en cuanto a responder con el tipo de arma poco convencional que conocemos mejor en lo que se refiere a su utilización. Si lo hubiéramos hecho habríamos terminado con el período de cuarenta y cinco años llenos de peligro. Confiemos en que ningún presidente tenga que enfrentarse con tal “decisión política del máximo nivel”. No tengo duda respecto a que cualquier presidente reconocería que ese era el tipo de decisión a la que se estaba enfrentando

He dedicado tanta atención a dónde estamos y a cómo hemos llegado hasta aquí en lo que respecta al estatus de las armas nucleares en la creencia de que el desarrollo de ese estatus es tan importante como lo ha sido el desarrollo del arsenal nuclear. El esfuerzo respecto a la no proliferación, ocupado en el desarrollo, producción y despliegue de las armas nucleares, ha tenido más éxito que el que la mayoría de las autoridades pueden reclamar que habían anticipado; Yo considero que el peso acumulado por la tradición en contra de la utilización nuclear es no menos impresionante y no menos valioso. Dependemos de los esfuerzos respecto a la no proliferación para contener la producción y el despliegue de armas por cada vez más países; Tal vez dependamos todavía más de inhibiciones compartidas universalmente respecto a la utilización de lo nuclear. Preservar esas inhibiciones y ampliarlas, si sabemos como hacerlo, a

culturas y a intereses nacionales que quizás no las compartan en la actualidad será una parte crucial de nuestra política nuclear.

Tomo las citas de un editorial que escribió el distinguido físico nuclear Alvin M. Weinberg en el 40 aniversario de Hiroshima y Nagasaki en el *Bulletin of the Atomic Scientists*. Tras decir que siempre ha estado convencido de que se salvaron tanto vidas estadounidenses como japonesas al utilizar la bomba en Japón, da otra razón a favor de su creencia respecto a que Hiroshima (no así Nagasaki) fue afortunada. "¿Estamos siendo testigos de una santificación gradual de Hiroshima – esto es, la elevación del acontecimiento de Hiroshima al estatus de un acontecimiento profundamente místico, un acontecimiento que a la larga tendrá la misma fuerza religiosa que los acontecimientos bíblicos? No puedo probarlo, pero estoy convencido de que el 40 aniversario de Hiroshima, con su vasta emanación de inquietudes, sus enormes manifestaciones, su amplia cobertura por los medios, se parece a las prácticas de los días festivos de las principales religiones ... Esta santificación de Hiroshima es uno de los desarrollos más esperanzadores de la era nuclear".

Un problema crucial es si el instinto antinuclear expresado tan exquisitamente por Weinberg se limita a la cultura "occidental". Creo que es evidente que el conjunto de actitudes y expectativas respecto a las armas nucleares está más generalizado entre la gente y las élites de los países desarrollados; y si observamos a Corea del Norte, Irán y otros potenciales poseedores de las armas nucleares, no podemos estar seguros de que heredan esta tradición con una gran fuerza. Pero nos tranquiliza el que, de la misma manera, no tenemos garantías respecto a que los líderes de la Unión Soviética heredarían la misma tradición o participarían en el cultivo de la misma. Pocos de nosotros habríamos pensado en los 1950s o 60s que si la Unión Soviética entraba en una guerra, y la perdía, en Afganistán se comportaría como si las armas nucleares no existiesen.

Podemos estar muy agradecidos por el hecho de que no se comportasen de esa manera en Afganistán, añadiendo una más a la lista de las guerras sangrientas en las que no se utilizaron las armas nucleares. Cuarenta años atrás podríamos haber pensado que los líderes soviéticos serían inmunes al espíritu de Hiroshima como lo expresó Weinberg, inmunes a la repugnancia popular que John Foster Dulles no compartía, inmunes a la sombra de la amenaza de todos aquellos años llenos de peligro que sobrecogieron al presidente Johnson. En cualquier intento de extrapolar las actitudes occidentales respecto a lo nuclear a las áreas del mundo donde la proliferación nuclear comienza a asustarnos, la notable conformidad de la ideología occidental y soviética es un punto de partida que nos tranquiliza.

Un problema apremiante es si podemos esperar que los líderes indios y pakistaníes se sientan suficientemente intimidados por las armas nucleares que ambos poseen en la actualidad. Existen dos posibilidades en términos prácticos. Una es que compartan la inhibición –aprecien el tabú– que he estado considerando. La otra es que admitan, tal como lo hicieron los Estados Unidos y la Unión Soviética, que la posibilidad de una represalia nuclear hace que cualquier inicio de una guerra nuclear sea casi inconcebible.

Los ejemplos de no utilización de las armas nucleares que he analizado eran, en todos los casos, un posible uso contra un no poseedor. La no utilización por parte de EEUU y la URSS se debió a una causa diferente: la posibilidad de una represalia nuclear hizo que cualquier comienzo se planteara como algo insensato, excepto en la peor emergencia militar que se pudiera imaginar, y ese tipo de emergencia militar nunca llevó a la tentación. La experiencia de la confrontación EEUU-URSS puede impresionar a los indios y a los pakistaníes; el mayor riesgo es que el uno o el otro pueden enfrentarse al tipo de emergencia militar que invita a alguna experiencia limitada con las armas, y no hay historia que nos cuente, o que les cuente, qué ocurre a continuación.

Más recientemente, existe la preocupación de que Irán y Corea del Norte pueden hacerse, o quizás ya se hayan hecho, con una moderada cantidad de explosivos nucleares (parece que Libia se ha retirado de la carrera.) Se precisará una gran habilidad diplomática y la cooperación internacional para contener o desalentar su interés por hacerse con tales armas. Igualmente, se precisará una gran, o mayor, habilidad para crear o mejorar las expectativas y las instituciones que inhiben la utilización de tales armas.

Aquellos diecinueve años se han ampliado hasta sesenta. El tabú que Ike parecía denigrar, o pretendía denigrar, pero que intimidó al presidente Johnson una década más tarde, se ha convertido en una tradición poderosa reconocida casi universalmente.

Los siguientes poseedores de armas nucleares quizás sean Irán, Corea del Norte o, posiblemente, algunos grupos terroristas. ¿Existe alguna esperanza respecto a que asimilarán la casi universal inhibición respecto al uso de las armas nucleares o, al menos, les inhibirá el reconocimiento de que el tabú disfruta de un apoyo generalizado?

Parte de la respuesta dependerá de si Estados Unidos admite esa inhibición, y especialmente de si Estados Unidos reconoce que es un activo que debe ser valorado, mejorado y protegido o, como John Foster Dulles en el Gabinete de Eisenhower, cree que "de una u otra manera, debemos ser capaces de eliminar el tabú respecto al uso de estas armas".

En el presente hay mucho debate sobre si se ha acabado o no la "disuasión" y si ya no tiene ningún papel que representar en la seguridad de Estados. No hay una Unión Soviética a la que disuadir; los rusos están más preocupados por Chechenia que por los Estados Unidos; los chinos parecen más interesados en los riesgos militares respecto a Taiwan de lo que en realidad lo estuvo Kruchov respecto a Berlín; y de todos modos los terroristas no pueden ser disuadidos – no conocemos a quién o qué valoran y dónde está ello y no podríamos amenazarles por esa vía.

Espero que podamos llegar de nuevo a tener respeto por la disuasión. Si, a pesar de todos los esfuerzos diplomáticos o de las presiones económicas para prevenirlo, Irán se hiciese con algunas armas nucleares, tal vez podamos descubrir de nuevo lo que se siente al ser el disuadido, no el que disuade. (Considero que nosotros –La OTAN en aquel momento– hemos sido disuadidos respecto a la intervención en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968). Considero que también es crucial el que los

líderes de Irán, tanto civiles como militares, aprendan a pensar, si es que no lo han hecho ya, en términos de disuasión.

Aparte, posiblemente, de la destrucción de su propio sistema, ¿Qué más puede lograr Irán con unas pocas ojivas nucleares? Las armas nucleares deberían ser demasiado valiosas como para darlas o venderlas, demasiado preciosas como para malgastarlas matando gente cuando podrían, manteniéndolas como reservas, hacer que los Estados Unidos, o Rusia, o cualquier otra nación, titubeara a la hora de plantearse una acción militar. Las armas nucleares que han sido utilizadas, realmente, satisfactoriamente, durante sesenta años no han sido empleadas en el campo de batalla ni en objetivos relacionados con la población: han sido utilizadas para influir.

¿Qué se puede decir respecto al terrorismo? Cualquier organización que consiga suficiente material de fisión para hacer una bomba precisará muchos científicos muy cualificados, tecnólogos, operarios, que trabajen aislados de sus familias y ocupaciones durante meses, que no tengan otro posible tema de conversación que no sea el de si su bomba A podría ser buena y para quién. Cabe la posibilidad de que consideren que su contribución les da derecho a participar en cualquier decisión que se tome respecto al uso del artefacto. (En 1950, el Parlamento británico, en su calidad de socio en el desarrollo de la bomba atómica, consideró que tenía derecho a aconsejar al presidente Truman sobre cualquier posible utilización de la bomba en Corea).

Tras semanas de debate, concluirán –confío en que lo hagan– que la utilización más eficaz de la bomba, desde la perspectiva terrorista, es la relacionada con la influencia. El poseer un arma nuclear viable, si pueden demostrar dicha posesión –y espero que sean capaces sin detonarla realmente– les dará en cierta medida el estatus de nación. El amenazar con utilizarla contra objetivos militares, y manteniéndola intacta si la amenaza tiene éxito, quizás les sea más atractivo que gastarla en un acto puramente destructivo. Incluso los terroristas pueden considerar que destruir gran cantidad de gente es algo menos satisfactorio que el hecho de mantener a raya a una nación importante.

Los Estados Unidos tardaron en aprender, pero lo hicieron finalmente (1961), que las cabezas nucleares exigen una custodia excepcionalmente segura – contra accidentes, daños, robo, sabotaje, o una aventura no autorizada tipo Strangelove¹). Existe siempre un dilema: premiar a los violadores del Tratado de No Proliferación ofreciéndoles la tecnología que mantiene seguras las cabezas, o negársela, con lo que las armas serían menos seguras. Al menos podemos tratar de concienciar a los nuevos miembros del club nuclear respecto a lo que Estados Unidos no apreció durante sus primeros quince años de potencia nuclear.

(1) Película titulada “¿Teléfono rojo?, volamos hacia Moscú” en España y “Doctor Insólito” en Latinoamérica (nota del traductor).

No conozco ningún argumento en favor del Tratado de Prohibición Total de Pruebas Nucleares (Comprehensive Test Ban Treaty, CTBT), que el Senado rechazó en 1999, más convincente que el potencial de ese tratado para ampliar la casi universal repugnancia contra las armas nucleares. El efecto simbólico de cerca de 200 naciones ratificando el CTBT, que en términos nominales sólo se refiere a las pruebas, debería ampliar enormemente la convención respecto a que las armas nucleares están para no ser utilizadas y que cualquier nación que las utilice realmente será juzgada como violadora del legado de Hiroshima. Nunca oí este argumento en boca de ninguna de las partes del debate sobre el Tratado. Cuando el Tratado esté de nuevo ante el Senado, como confío que estará, estos importantes beneficios potenciales no deberían pasar desapercibidos.

El problema más decisivo para el gobierno de los Estados Unidos respecto a las armas nucleares es si el generalizado tabú en contra de las armas nucleares y su inhibición en lo que respecta a su uso actúa en nuestro favor o en nuestra contra. Si, como yo creo que es evidente, está en el interés de Estados Unidos el anunciar la constante dependencia de las armas nucleares, esto es, que Estados Unidos está preparada para utilizarlas y que necesita nuevas capacidades nucleares (y nuevas pruebas nucleares) –por no hablar de que las utilice algún día contra un enemigo– tiene que contraponerlo con los efectos corrosivos sobre una actitud casi universal que ha sido cultivada vía una abstinencia universal de sesenta años.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bundy, McGeorge (1988): *Danger and Survival: Choices about the Bomb in the First Fifty Years*, Random House, Inc. Nueva York.

ABSTRACT

The most spectacular event of the past half century is one that did not occur. We have enjoyed sixty years without nuclear weapons exploded in anger. This attitude, or convention, or tradition, that took root and grew over these past five decades, is an asset to be treasured. It is not guaranteed to survive; and some possessors or potential possessors of nuclear weapons may not share the convention. How to preserve this inhibition, what kinds of policies or activities may threaten it, how the inhibition may be broken or dissolved, and what institutional arrangements may support or weaken it, deserves serious attention. How the inhibition arose, whether it was inevitable, whether it was the result of careful design, whether luck was involved, and whether we should assess it as robust or vulnerable in the coming decades, is worth examining. Preserving this tradition, and if possible helping to extend it to other countries that may yet acquire nuclear weapons, is as important as extending the Nuclear Non-Proliferation Treaty, now being renegotiated after its first twenty-five years.

Key words: Nobel lecture, Thomas C. Schelling, nuclear weapons, Hiroshima, bargaining theory.